

Amor quiere decir sin muerte



Si. A mi me pasó y yo, no lo niego.... Fue cuando estuve internado.

¿Qué tiene de malo, enamorarse de la enfermera de uno?

Al principio me hablaba casi siempre, con esos discursos aburridos de estampitas. Yo simulaba que la oía... Hasta que por fin, nos hicimos muy amigos. Solía hablarme sin parar, y asombrarse, estremecerse, reírse, mientras yo me peleaba con fantasmas y recuerdos. Solo estaba en busca de una luz, y fue un

buen día, entre las sábanas muy blancas y sin darme cuenta para nada, que me nació ese río tremendo de emociones. Se llamaba Melisa, y la vida la había vuelto una mujer y mi enfermera.

En sus ojos dulces y cuando ella estaba sola, se le veían las penas a punto de estallarle. Una gota de rocío, le solía atravesar por el medio las mejillas, como queriendo curarle un algo imposible del pasado. Su cuerpo era un vals que giraba y me dolía en la noche iluminada, caminando entre las camas de internados.

Su presencia me hacía sentir lleno de infinitos, que acariciaban con ternuras a mis horas y a mis sueños. Sentía el mar, el cielo y a la noche en cada instante, cuando pasaba ella medicando y perfumándomelo todo, por el largo pasillo de mi lado. Y yo dejaba que el cielo amaneciese, en el celeste muy celeste de sus ojos. A veces la muerte de envidiosa, se volvía y recordaba mi presencia, y yo sentía que me espiaba, celosa de la dulce energía que me inyectaba la presencia de Melisa. Igual me empecinaba en abrazarme a lo real, en modelarlo, sin pensar en esa rueda blanca, roja y negra, que te muele la vida y la esperanza.

Cuando uno mira la vida haciendo juicios, se hace cada vez más difícil construir algo o pensar tan solo en el futuro. No hay nada mejor para el cuerpo y la salud, que un buen amor correspondido. Con ella tan solo eran miradas y suspiros. Migajas en miradas que igual me nutrían en mi alma y en mi cuerpo de paciente. ¿Acaso no nacimos para amar y fue la vida la que nos obligó a arrodillarnos y a pedirlo...?

En cada personaje de lo que llamamos hospital, en cada médico y en cada mujer hecha una enfermera, y en el uno por uno de todos los pacientes, siempre habitaba un misterio, muchas veces insondable. Una línea sinuosa que te ascendía hasta el sentirse bien, que te bajaba hasta la noche del volver a sentir en el cuerpo a los dolores, y que al final te serpenteaba en la nostalgia del haber sido alguna vez un hombre sano y joven. Me parecía una insolencia de las peores, decirle a mi Melisa que yo tenía algún dolor. Y tan solo yo, le sonreía...

Agonía del tiempo que se desgarraba entre mis carnes, que apretujaba a mis dolores y que me latía en el despertar de un sueño en el que me creía todo un héroe. No quise llamarla en esa noche, para nada. No quería que me viese envuelto en la triste lástima de mi dolor de humano. Quería tan solo

que me viese como siempre y como hecho un triunfador, un impecable sano. Y solo me faltaba una hora para que ella cambiase su turno de enfermera.

- *¿Te noto mal... te pasa algo?* - me dijo, mientras con una cara preocupada, encendía luces y estudiaba mis facciones.
- *No, no. Estoy perfecto, no te preocupes... por favor* - traté en vano de disimularle, con lo mejor que pude y que aun, me quedaba en el orgullo.
- *Pero... estas todo transpirado... y el corazón, te late muy fuerte. Demasiado...*
- *Bueno, si. Me duele, me duele mucho. Perdóname...* - y me entregué abatido, en señal de una amarga derrota que iba mucho más allá de mi cuerpo y de mis ganas de mostrarme fuerte y sano.

Ordenes rápidas. Luces, análisis rojos y médicos de blanco y médicos de verdes y más médicos de azul. Pinchazos que te duelen, sueros que te gotean y más luces, luces y más luces. Terapia intensiva. Un día, dos días, tres días... y al final, después que pasó todo, volví a mi cama en el piso de internados. Otra vez y con mi enfermera Melisa.

- *¿Por qué no me avisaste antes, la otra noche, de que tenías tanto dolor?*
- *Porque estoy muy enamorado de vos... por eso* - me sorprende a mi mismo diciéndole esas cosas, pero es que no quería que la muerte, me quitase la emoción de poder decírselo. ¿Por qué no?

Ella esbozó una sonrisa muy suave y muy profunda. Parpadeó y se quedó mirando para abajo, como simulando que controlaba algo. Sus mejillas se encendieron y su pequeño cuerpo, estaba tenso, demasiado tenso. No me respondió nada, pero me apretó la mano... y para mí, fue suficiente.

Fin